

Fruto del árbol sicómoro

J. Vernon McGee



A TRAVÉS de la BIBLIA

Fruto del árbol sicómoro

J. Vernon McGee



A TRAVÉS de la BIBLIA

©2020 THRU THE BIBLE RADIO NETWORK

Traducido por María Bustillo

Impreso en los Estados Unidos

Al menos que se indique lo contrario, el texto bíblico ha sido tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina;
© renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.
Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Este folleto está basado en la enseñanza del Dr. J. Vernon McGee (1904-1988), autor del estudio bíblico *A Través de la Biblia*.

Radio Trans Mundial
PO Box 8700
Cary, NC 27512-8700
Tel: 1.800.880.5339
www.atravesdelabiblia.org
atb@transmundial.org

Radio Trans Mundial es el ministerio en español
de Trans World Radio

Fruto del árbol sicómoro

Una vez me invitaron a una fábrica industrial aquí en el sur de California a hablar a un grupo grande de hombres en un servicio al mediodía. Mientras manejaba y otra vez mientras me daban un breve tour de la fábrica, la historia de Zaqueo se me vino una y otra vez a la mente. De repente me di cuenta de que algo nuevo había penetrado mi corazón, y parecía que el Señor me había revelado el propósito de ese maravilloso incidente en el ministerio de Jesús. Así que, bajo la inspiración de acaba de recibir una nueva verdad, dejé el mensaje que yo había preparado y hablé sobre Zaqueo en el servicio de mediodía. ¡La reacción al mensaje y los resultados de él me indicaron claramente que esto de verdad había sido del Señor!

La importancia del encuentro con Zaqueo en la vida de nuestro Señor es que ofrece una ilustración para uno de los textos más difíciles de la Escritura, Santiago 2:20:

¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta?

Uno de los problemas de la iglesia es reconciliar las posiciones de Pablo y Santiago con respecto al lugar de las buenas obras en el plan de la salvación. Desde hacía mucho tiempo yo había sentido que, si una ilustración bíblica de esta gran verdad se podría hallar, ayudaría a identificar el lugar de las buenas obras en el evangelio de la gracia. La nueva verdad que me vino aquel día fue que Zaqueo es la ilustración por la cual yo estaba buscando.

Aquellos de nosotros que pertenecemos a la escuela que enfatiza la gracia de Dios en la salvación a menudo vacilamos en hablar de buenas obras por temor de complicar la gloriosa gracia de Dios. Dios no solo salva sin que las buenas obras del hombre entren en

el asunto, sino que Dios salva a pesar de las llamadas buenas obras del hombre. Sin embargo, reconocemos que demasiado a menudo el aspecto práctico de las buenas obras no ha tenido su debido lugar.

Hay un movimiento...

Ahora consideremos este registro de Zaqueo.

Habiendo entrado Jesús en Jericó, iba pasando por la ciudad. (Lucas 19:1)

En el recuento de Lucas hay un movimiento, empezando en el capítulo 9 cuando Jesús salió de Cesarea de Filipos, el cual le llevaría a Jerusalén y a la cruz. En Lucas 9:51 leemos: “Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén.” Nuestro Señor se salió de esa área, por Galilea y Samaria; entonces Él aparentemente cruzó el río Jordán y continuó por el lado este hasta que estuvo cerca de Jericó. Cuando entró en Jericó, había un ciego. De hecho, había dos ciegos, pero aquí Lucas nos da el registro de solo uno de ellos. Sin embargo, según Lucas, había un ciego que encontró a Jesús cuando Él entraba en la ciudad y otro ciego que le encontró cuando Él salía de la ciudad, como veremos.

El movimiento aquí es por Jericó. Él entró y salió. Nunca pasó una noche en Jericó, porque era la ciudad maldecida. Esta fue la primera ciudad que Dios había dado al pueblo de Israel cuando volvieron a entrar en la tierra prometida después de cuarenta años en el desierto. Era la ciudad de la cual nada personal había de salvarse, y una maldición fue hecha contra cualquier persona que tratara de reconstruirla. Si Ud. quiere leer la historia, en 1 Reyes 16:34 un hombre reconstruyó la ciudad y cosechó la maldición en toda su plenitud—tanto él como su familia. Aunque con el tiempo la ciudad fue reconstruida, permanecía una ciudad maldecida. Era una ciudad en la cual había gran pecado, un lugar de pandilleros.

Nuestro Señor, camino a la cruz, pasó por la ciudad a propósito porque había un pecador allí que le necesitaba, un recaudador de impuestos llamado un publicano.

Este es el movimiento; Jesús entró y salió. ¡Qué cuadro es de Su misión y ministerio enteros a este mundo! Él lo expresa sucintamente, como está escrito en Juan 16:28: “Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre.” Él vino de la gloria del cielo a esta tierra maldecida por el pecado, no solo a una ciudad maldecida sino a un mundo sobre el cual descansa la maldición del pecado. Dondequiera que Ud. mire hoy sobre esta tierra, Ud. ve las evidencias y los estragos del pecado. Él dejó la gloria del cielo, y vino a esta tierra por el mismo propósito por el cual entró en y pasó por Jericó. Él vino, no solo a buscar a un pecador, sino a alcanzar a cualquier pecador que confiara en Él. En el tiempo de este incidente, Jesús estaba en Su camino a la cruz a morir por Zaqueo y a morir por un mundo de pecadores. Tal es el movimiento aquí.

El hombre Zaqueo

Se nos presenta a Zaqueo, y el Espíritu de Dios da un cuadro total, una biografía entera con una floritura de la pluma. Hay tres cosas que se dicen de Zaqueo. Estos tres hechos cuentan su historia, y ¡qué historia es!

Y sucedió que había un varón llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos, y rico... (Lucas 19:2)

Su nombre

La primera declaración concerniente a él es que se llamaba Zaqueo. El nombre Zaqueo es de zaccai que significa “puro”. ¡Ese no es un nombre para un publicano! Es como decir “nieve negra, carbón blanco, o fuego frío—los dos términos son auto contradictorios. Un publicano. ¡Zaqueo! Pero, después de todo, fueron sus padres quienes le dieron ese nombre. Cuando ellos

le miraban en la cuna y vieron al pequeñito, dijeron: “Él es tan dulce y puro que no hay sino un nombre que le cuadra—Zaqueo.” Así que le dieron el nombre Puro. Créanme, amigo, ¡qué nombre para un hombre llevar, especialmente después de que llegó a ser recaudador de impuestos o publicano! En el sur de California había un gánster famoso que dijo cuando fue arrestado algunos años atrás que él era “tan puro como la nieve.” Los reporteros durante un tiempo le llamaron “Blanca Nieves,” y cuando le decían eso, yo pensaba en Zaqueo. Ud. se puede imaginar el deleite que sentían los otros publicanos al llamar a este hombre quien era un obvio pecador, ¡Puro! Él era cualquier cosa menos eso.

El jefe de los publicanos

El segundo rasgo escrito de Zaqueo es que era el principal entre los publicanos. Hay en el Nuevo Testamento dos hombres pequeños que son identificados como grandes pecadores: Saúl de Tarso y Zaqueo. Saúl de Tarso tomó el nombre Pablo, el cual significa “pequeño”. Era el nombre evidentemente que escogió para hablar de sí mismo. Cuando él escribía de su vida antes de su experiencia en el camino a Damasco, dijo que era “el primero entre los pecadores”. Este no es un gesto retórico ni hipérbole; Pablo lo dijo sinceramente porque era verdad. Jesucristo y la iglesia nunca tuvieron un enemigo peor que Saúl de Tarso; él era el *primero* entre los pecadores. Y este hombre Zaqueo era un hombre pequeño, pero se llamaba “*el jefe de los publicanos*”. Por todos los evangelios los publicanos y los pecadores se agrupan, y lo interesante es que los publicanos siempre se mencionan primero. No es “pecadores y publicanos”, sino “publicanos y pecadores”, porque los publicanos eran el peor tipo de pecadores; y Zaqueo era el *jefe* entre los publicanos. Dos pequeños hombres en el Nuevo Testamento eran los jefes o los principales entre los pecadores.

Un publicano era un judío que había vendido a su nación. En esos días el pueblo de Israel era gobernado por el Imperio de Roma, y el gobierno romano tenía un sistema por el cual entregó los negocios sucios de coleccionar impuestos a los nativos de los países que había capturado. En vez de usar métodos crueles para

recolectar impuestos de un pueblo cautivado, encontraron a un traidor, alguien dispuesto a traicionar a una nación por un precio—un buen precio, a propósito. Un publicano podía comprar cierto territorio por cierta cantidad; entonces él iba y colectaba impuestos en esa sección a la tasa que él escogiera.

Ser publicano significaba que, en un tiempo de su vida, él había enfrentado una decisión. Una decisión similar viene a todo hombre y mujer. Cada uno de nosotros tiene que decidir si ser honesto o ser deshonesto en los negocios. Todos deciden o ser puros o impuros. No hay alternativa. Toda persona enfrenta esa decisión en esta vida. Este hombre Zaqueo vino a tal encrucijada. Ante él había dos caminos para él escoger. Un camino era probablemente una continuación de su vida monótona que, aunque honorable, no le traería riquezas. El otro era hacerse publicano. Ahora, si él se hacía publicano, eso sería una calle sin salida; él nunca podría volver para atrás.

Ningún publicano podía volverse para atrás. Él rompió su relación con su nación; y tan pronto como rompió esa relación, se alejó de su religión—del templo, del lugar del sacrificio, de cualquier misericordia posible. De hecho, se cortaba de su Dios. Era una noche oscura cuando Zaqueo pesó su futuro. “O continuo siendo honesto, sirviendo a Dios como se me crio, o puedo hacerme publicano,” y con el tiempo llegó a ser el jefe de los publicanos. Esto significaba que él era el peor canalla en Jericó, y había hombres muy deshonestos allí.

Un hombre rico

La tercera palabra identificadora en cuanto a Zaqueo es esta: “Él era rico.” Hizo que su puesto rindiera.

Quizá Ud. es una persona que siente que, si fuera rico, todos sus problemas se resolverían. No puedo hablar de experiencia, pero de la observación yo diría que los ricos parecen ser los más infelices. ¿De dónde salen la mayoría de los suicidios? Vienen de entre la clase acomodada, los ricos. Por alguna razón ellos no han

encontrado satisfacción en esta vida. Hablamos de alcanzar a los indigentes, pero los ricos están probablemente en peor condición porque nadie le persigue con el evangelio. Zaqueo era uno de los ricos.

Buscado—Un propiciatorio

Nuestro Señor conocía a Zaqueo. Ud. recordará que Él "... no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues Él sabía lo que había en el hombre" (Juan 2:25). Él conocía a este hombre. En el capítulo que precede inmediatamente el registro de su encuentro con Zaqueo, nuestro Señor dio una parábola que creo fue un incidente verdadero. No creo que nuestro Señor jamás inventara una historia, sino que todas se basaban en incidentes verídicos sacados de la vida.

Jesús contó de dos hombres que fueron al templo a orar. Uno era fariseo y el otro era publicano. El publicano, estando lejos, se golpeaba el pecho, diciendo: "Dios, sé propicio a mí, pecador." ¿Por qué se golpeó el pecho? Porque él no tenía acceso al propiciatorio. Él repudió a su nación y repudió a su Dios cuando se hizo publicano. Él era un paría, y todo lo que podía hacer era pararse fuera del templo y clamar: "¡Dios, sé propicio!" De hecho, él no dijo exactamente eso. La palabra en el griego no es *misericordia*, sino *propiciatorio*, ese lugar allá en el templo donde todo israelita instruido sabía que se esparcía sangre, dándole acceso a Dios. En nuestro día, Cristo es el propiciatorio. "Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. (1 Juan 2:2). Lo que está diciendo el publicano es esto: "O, Dios, haz por mí, publicano, un propiciatorio a donde pueda acudir. No tengo a donde ir. Estoy excluido. ¡Ten misericordia de mí!"

Permítame hacer una sugerencia: Yo creo que el publicano era Zaqueo. Nuestro Señor no inventó la historia; era la experiencia de un publicano real. Jesús ya había alcanzado al publicano Mateo al principio de Su ministerio, y el único otro

publicano a quien conocemos que alcanzó fue este aquí, Zaqueo.

Es obvio que Zaqueo no está satisfecho, aunque es rico. Él está en una calle sin salida. No puede parar; tiene que seguir adelante. Pero en el camino, él pausa y dice: “O, Dios, ¡si solo hubiera un propiciatorio para mí!”

Cristo se está moviendo ahora a Jerusalén, y en camino a la cruz. Se detiene para dejarle saber a ese hombre que hay un propiciatorio para él y para toda la humanidad.

... procuraba ver quién era Jesús; pero no podía a causa de la multitud, pues era pequeño de estatura. (Lucas 19:3)

Dije al principio que había un ciego cuando Jesús entró en la ciudad y un ciego cuando dejó la ciudad. Quizá Ud. pensaba que yo estaba equivocado, pero Zaqueo era el otro ciego. Él tenía vista, pero sus ojos estaban demasiado cerca al suelo. Él no podía levantarlos lo suficiente para que pudiera ver por encima de las cabezas de la muchedumbre para ver a Jesús. Él quería verle. ¿Por qué?

Bueno, le diré por qué. Había un rayo de esperanza que penetró el alma de este publicano. Un día en la ciudad de Jericó corrió la palabra que el nuevo Profeta de Galilea había escogido a un publicano llamado Mateo para ser uno de Sus discípulos. Llegó palabra que el Profeta estaba recibiendo a publicanos y pecadores, y eso le dio a Zaqueo una esperanza que él nunca había pensado tener. Por lo tanto, cuando se supo que Jesús iba a pasar por Jericó, Zaqueo resolvió verle. Zaqueo dijo: “Si puedo, voy a llegar a donde Él porque quiero un propiciatorio, quiero salvación, quiero llegar hasta Dios.

Aparentemente, el Señor Jesús nunca pasó una noche en Jericó, y tampoco pasó mucho tiempo allí. Él pasaba rápidamente, y las muchedumbres que querían verle llenaban los bordes del camino. Ahora este pequeño Zaqueo trató de penetrar a la muchedumbre, pero no pudo hacerlo. Él quería ver a Jesús. No era

curiosidad ociosa, lo cual es evidente por todo lo que hizo para poderle ver. Es obvio que este hombre no estaba satisfecho con su vida.

Zaqueo era exitoso según los estándares del mundo. El estándar del mundo es que, si un hombre lo recoge todo aquí y no se lleva nada con él después de esta vida, él es exitoso; si lo recoge todo para el próximo mundo y no tiene nada en esta vida, se considera un fracaso. Pero la riqueza no le había traído satisfacción al alma de Zaqueo. Él quería volverse a Dios. ¿Podía haber una manera hasta para un publicano? ¿Qué diría este nuevo Profeta?

Y corriendo delante subió a un árbol de sicómoro para verle; porque había de pasar por allí. (Lucas 19:4)

Ha habido discusión con respecto a precisamente qué tipo de árbol era. Algunos creen que era un tipo de higuera que crecía en esa área bajo el nivel del mar y que era similar a un árbol de sicómoro. Sin embargo, tengo algunas fotos de árboles de sicómoro en el Jericó actual, y se parecen al sicómoro que crece aquí en el sur de California. Un sicómoro tiene corteza lisa, y la primera rama siempre sale a alguna altura. Ya que Zaqueo era pequeño y bajo, ¡cuánto me gustaría tener una foto de él trepándose al árbol! Hay personas que no ven ningún humor en la Biblia, pero muchos de nosotros sí encontramos aquí y allá situaciones humorosas. Aquí tenemos una de ellas. Debió ser algo cómico mirar a este hombrecito trepándose al sicómoro para tener un buen lugar desde donde ver de cerca a Jesús.

Después de que Zaqueo había podido alcanzar las ramas y esconderse entre las hojas, pasó el Señor Jesús. Cuando Él estaba directamente debajo de Zaqueo, pasó una de las cosas más remarcables. Jesús se detuvo, miró hacia arriba, y creo que se rio. Entonces, creo que Zaqueo se rio también, y desapareció toda la tensión de la escena. Ud. debe recordar que el Señor Jesús era humano—oh, ¡cuán humano era al tratar con la familia humana! Jesús le dijo:

Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa. (Lucas 19:5)

Eso era como agua fría de un manantial sobre labios resecos. Fue la mejor noticia que Zaqueo jamás hubiera oído. Ningún profeta, ningún hombre de Dios, jamás había estado dispuesto a hablar con Zaqueo, mucho menos entrar en su hogar. ¿Quién se interesaría en el jefe de los publicanos? ¡Nuestro Señor!

Si Ud. cree que fue difícil treparse a ese árbol, ¿qué le parece que va a hacer ese hombrecito bajándose de ese tronco liso, especialmente cuando dijo el Señor: "... date prisa? Se deslizó por el trono y cayó al suelo con un golpe sordo.

Entonces él descendió a prisa, y le recibió gozoso. (Lucas 19:6)

Ahora Zaqueo se está regocijando. Creo que nuestro Señor le dijo: "Zaqueo, te conocía todo el tiempo. Sé los problemas que tuviste subiendo ese árbol. Y Zaqueo, yo sabía cuándo fuiste al templo adonde no tenías el derecho a ir. Te vi desde lejos golpearte el pecho y llorar: "¡Dios sé propicio a mí, pecador!" Bueno, yo he venido para decirte que tú, un publicano, puedes tener un propiciatorio por el cual puedes volver a Dios"

Mientras se iban juntos, note los comentarios de la muchedumbre:

Al ver esto, todos murmuraban, diciendo que había entrado a posar con un hombre pecador. (Lucas 19:7)

Siempre hay esa muchedumbre—los críticos, los auto-justos. Los vecinos de Zaqueo dijeron: "Él es un pecador." En ese pueblo se conocía como *pecador*— ¡y Jesús había entrado en su hogar como invitado! Estaban totalmente atónitos.

Nuestro Señor y Zaqueo entraron juntos en la casa, y se cerró la puerta de golpe. A mí me gustaría haber podido entrar de alguna manera para ver lo que pasaba, pero la puerta estaba cerrada. Nosotros estamos afuera sin reportero que nos consiga

información. ¿Qué tendrá lugar adentro? Debo confesar que no lo sé.

Pero sí sé esto: Después de un lapso de tiempo—tal vez una hora, dos horas, tres horas—se abre la puerta.

Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado. (Lucas 19:8)

Algo pasó adentro. No sé lo que se dijo, pero el efecto es revolucionario. Aquí hay un hombre que ha ganado su fortuna robando, y eso de su propio pueblo. Su vida se ha devotado a una cosa: conseguir todos los bienes del mundo posibles por cualquier método. Ahora él dice: “Señor, voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres; y si he tomado algo por falsa acusación, lo devolveré cuadruplicado.”

¿Qué pasó? No sé exactamente lo que tuvo lugar porque la puerta estaba cerrada; pero quisiera hacer una sugerencia. Nuestro Señor, en otras entrevistas, había permitido que se escuchara y se escribiera las conversaciones, y en toda entrevista escrita nuestro Señor habló del pecado del hombre y de la salvación de Dios. Él habló de la inhabilidad del hombre y la habilidad de Dios. Él habló de la indignidad del hombre y la dignidad de Dios.

Por ejemplo, en el tercer capítulo del evangelio de Juan, Jesús dijo a Nicodemo el fariseo: “Tienes que renacer.” Nicodemo era incrédulo, pero Jesús insistió: “Tienes que renacer. Tú tienes una necesidad.” Nuestro Señor siempre mencionó la necesidad del hombre. Entonces siempre habló de la habilidad de Dios de llenar esa necesidad. Él dijo a Nicodemo: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:14, 15).

También, el pecado y la salvación eran el tema en el encuentro con

la mujer en el pozo. El Señor Jesús habló con ella de su necesidad, y ¡cuán diplomático era al señalar su pecado! Entonces se identificó como el Mesías, el que podía llenar su necesidad.

Encontrará que Él usó este mismo procedimiento cuando trató con el ciego. También, es la manera en que trató con Sus propios discípulos. Era Su método.

¿Cree Ud. que Él rompió este patrón cuando entró en la casa de Zaqueo? Creo que no. Él habló a Zaqueo del hecho de que él era pecador, y seguramente con Zaqueo Él no tuvo que exagerar el punto. No es fácil con el miembro promedio de iglesia que piensa que tener su nombre en el registro de membresía es todo lo hay que hacer para tener salvación. Pero Zaqueo reconoció que era pecador, y Jesús le habló de Su habilidad para llenar la necesidad de un pecador, aun un paria publicano. Sé que nuestro Señor le habló de la salvación porque cuando salió de la casa de Zaqueo, Él dijo: “Hoy ha venido la salvación a esta casa...”

Vemos a un publicano, un vil pecador, este hombre Zaqueo, entrar en su casa con el Señor Jesucristo. Se cierra la puerta. Se abre la puerta, y este hombre sale una nueva creación en Cristo Jesús. Él no es el mismo hombre que entró. Oímos decir a Zaqueo: “Señor (¡le llama Señor!), voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres, y si en algo he defraudado a alguno, se lo devolveré cuadruplicado.”

Fruto de la salvación

Alguien dice: “Esta es salvación por obras.” No lo es. Santiago escribe: “¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? (Santiago 2:20) Santiago y Pablo escribieron de lo mismo: fe. El énfasis de Santiago es sobre las obras de la fe. Vea Ud., cuando Santiago escribió, él simplemente decía esto: “Los hombres son justificados por obras, no las obras de la ley sino las obras de la fe.” Y él escribía desde el punto de vista del hombre. Cuando Dios nos ve, Él ve nuestro corazón, y Él sabe si tenemos fe salvadora o no. Pero cuando los hombres nos ven, ellos no ven nuestro corazón;

ven las obras de la fe. Y Santiago dice: “Si las obras de la fe no están presentes, Ud. no es salvo.” Pablo estaría de acuerdo con él, porque Pablo dijo prácticamente lo mismo.

Ahora permítame repetir: no tengo la confesión de fe de Zaqueo; meramente veo el fruto de ella. Una sesión secreta tuvo lugar dentro del hogar de Zaqueo, y no sé nada de ello porque el Espíritu Santo ha puesto un velo de silencio sobre esta entrevista. Ordinariamente, las entrevistas personales que tuvo Jesús están escritas en el registro evangélico. Esta no está escrita, y la razón es obvia. Es para poner delante de nosotros una ilustración de fe siendo demostrada y exhibida por obras.

Es interesante notar que Zaqueo no fue a la puerta de su casa a decir: “Quiero dar mi testimonio: Jesús salva y guarda y satisface.” No me mal entienda: un testimonio es algo maravilloso si está respaldada por una vida. Es una cosa trágica cuando la vida no da credibilidad a las palabras.

Zaqueo viene a la puerta y dice: “La mitad de mis bienes daré a los pobres y voy a empezar a visitarlos a todos, poniendo en orden las cosas que están mal.” Por sus obras yo sé que él ha sido convertido.

Y esa es la única manera en que el mundo se enterará de que Ud. está convertido. No lo saben por su testimonio; lo saben solo por lo que ven en su vida. La fe sin obras está muerta, y la fe con obras está viva.

Zaqueo tampoco fue a la puerta de su casa a decir que iba a unirse a la iglesia de Ud. ni a mi iglesia. ¡Oh cuántas personas hoy basan su seguridad de salvación sobre la membresía en una iglesia en vez de una relación personal con Cristo! Zaqueo reveló por su vida que él tenía una relación personal con Cristo. La Palabra de Dios dice que un creyente es “creado para buenas obras... adornado con buenas obras... cuidadoso de mantener buenas obras... celoso de buenas obras... un patrón de buenas obras.” Amigo, si no hay buenas obras en su vida, la fe en Cristo puede que tampoco esté. Si no hubiera sido por la vida cambiada de Zaqueo, yo nunca habría sabido que el viejo publicano se había convertido.

Otra cosa que noto es que cuando Zaqueo abrió la puerta de su casa a Jesús, él no adoptó una etiqueta particular ni se declaró ser un firme defensor de la fe. No estoy minimizando la importancia de tener nuestra doctrina y nuestro credo correctos, pero el espíritu implacable que es exhibido por muchos de nuestros hermanos hoy no recomienda nuestra posición. La inhabilidad de confesar nuestras fallas y admitir que hay ocasiones en que estamos equivocados ciertamente ha de deplorarse. Es en este punto que los grandes hombres del pasado a menudo nos hacen parecer como pigmeos espirituales. Se me llamó la atención a esto algún tiempo atrás en una experiencia algo peculiar.

La iglesia en la cual yo servía de pastor en Pasadena, California, había adquirido un escritorio y un archivador que le habían pertenecido al Dr. R. A. Torrey. El archivador era de un estilo antiguo con sobres—debía haber unos quinientos sobres en este archivador. Presumiblemente estaban vacíos, pero un día metí la mano y saqué un sobre al azar. Había dos cartas en él. Eran de una naturaleza personal, y ambas habían sido escritas por Frank DeWitt Talmage. Las leí y descubrí algo de la grandeza de estos hombres de antaño. Su grandeza fue revelada por su disposición de confesar y corregir un mal. Seguramente había “gigantes” en la tierra en aquellos días. Un breve extracto revelará este rasgo el cual hace tanta falta en los círculos cristianos del día de hoy. La carta está fechada el 2 de enero de 1900, y comienza así:

Estimado Dr. Torrey:

Hoy estoy parado bajo la sombra de dos dolores: Primero el de la muerte del Sr. Moody. Segundo, el hecho de que puedo haberle hecho a Ud. una gran injusticia...

[Entonces él confiesa el mal y lo nombra, lo cual creemos no se debe hacer públicamente aun en esta fecha tardía. Omitiremos esta porción de la carta pero citaré dos extractos más cerca del fin:]

Si hay alguna manera en que puedo rectificar el mal, con gozo lo haré... Que el dulce espíritu de él que se ha ido ya me hace predicar

más y más el evangelio del amor.

Suyo con dolor,

Frank DeWitt Talmage

Se me vinieron lágrimas a los ojos cuando leí esas palabras las cuales habían estado escondidas por casi medio siglo. Fue asombroso darme cuenta de cuán lejos habíamos caído a mediados del siglo—y cuánto más ahora. Retenemos las tradiciones del cristianismo bíblico, pero ¿cuándo fue la última vez que Ud. vio una quieta confesión dulce y humilde de un mal? Nosotros en círculos que creen en la Biblia parecemos tener la idea que si un hombre tiene la cabeza sentada, sus pies pueden ir en la dirección que quieran y él es aún un hijo de Dios. Amigo, cuando su cabeza va en una dirección y sus pies en otra, algo es radicalmente mal. Zaqueo no dijo que era un cristiano que creía en la Biblia. No tuvo que decirlo, porque lo probó por sus obras.

Escuche otra vez al publicano, ese pecador endurecido. Él dijo: “Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado.” ¡Y la mañana siguiente se podía divisar dónde había parado Jesús, se podía divisar cuál publicano confiaba en Cristo por sus acciones! Zaqueo no fue a su lugar de empleo la próxima mañana a continuar su negocio nefario; empezó a restaurar y corregir las cosas que estaban mal. Puedo ver los frutos de la fe en la vida de Zaqueo. Por lo tanto, sé que la raíz está allí.

Los principios involucrados

Hay dos grandes principios en este incidente a los cuales me gustaría llamarle la atención.

Primero, Cristo debe venir al corazón y vida de uno. Eso es esencial. Cuando alguien viene a Dios, él debe venir como pecador, como mendigo, trayendo nada pero recibiendo todo. ¡Oh, cómo eso nos humilla! Nos hiere el orgullo porque queremos traer algo, aunque sea solo un vaso de agua fría. ¡Pero ninguna obra buena hace

ninguna contribución a la salvación de un hombre!

... nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo... (Tito 3:5)

El Señor Jesucristo le conoce. Su pecado es escándalo abierto a Él, y Él conoce íntimamente su necesidad. Él es el Salvador quien pasó por este mundo hace dos mil años para pagar la penalidad por su pecado por Su muerte en la cruz. Él está a su puerta, preparado a llenar las necesidades más profundas de su vida. Él espera su invitación para entrar.

El segundo gran principio es que cuando Cristo viene al corazón, se hace una transformación. Zaqueo nunca dijo nada de dar la mitad de sus bienes a los pobres el día antes de subirse a ese árbol de sicómoro. Pero,

... si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. (2 Corintios 5:17)

Amigo, Ud. puede saber dónde se ha parado Cristo. Hasta que Ud. le deje entrar en su corazón, no habrá ningún cambio real en su vida. ¿Es su vida un patrón de buenas obras? Si no es así, Cristo no está allí.

¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? (Santiago 2:20)

[illegible]



atravesdelabiblia.org
transmundial.org
atb@transmundial.org

1.919.460.3797
1.800.880.5339

P.O. Box 8700
Cary, NC 27512-8700